



¡Me ha dicho mamá  
que no me quieres!

mami,  
¿tú elegiste a mi papá?

*Carmen Serrano*

¿Somos padres o solo progenitores?

Este ensayo de Carmen Serrano nos adentra en la problemática que padecen los niños de padres separados, cuando la relación entre ellos no se lleva con educación y cordura. «Los niños no vienen a este mundo para cumplir nuestros sueños, estamos obligados a intentar ayudarles para que ellos cumplan los suyos». «No sentirse querido por los que un día decidieron traernos a este mundo es lo que más dolor y desequilibrios emocionales causa en los niños». Cualquiera que abuse de su poder bajo el amparo que le de una ley debe saber que las leyes cambian, pero lo que nunca debe cambiar es «el respeto a los demás» y ésta sí que es la ley inamovible de todos los tiempos. «El título de padre y madre, para quien se lo gane y se lo merezca».

*Los niños ni son cosas  
ni mercancía privada.*

## Prólogo

Un padre o una madre no se hacen de un segundo para otro. No entras en una sala judicial siendo progenitora y sales siendo una madre. No entras en la sala siendo un progenitor que solo les has dado un besito por la noche al llegar del trabajo, y sales de la sala convertido en el padre que los hijos necesitan, quieren y admiran, porque eso hay que ganárselo, seguramente renunciando a muchas horas que se invierten en el trabajo o con los amigos, y que ahora se roban a los hijos cuando más lo necesitan. ¡La infancia dura tan poco!

En nuestras carreras profesionales, los *galones* y los *títulos* los otorgan los magistrados, los *catedráticos* o los *notarios*. A más horas, más títulos, más *peldaños* ascendidos. A más dinero, más bienes materiales. Pero ante los hijos, son las horas de sueño; las horas con ellos en el parque; haciendo los deberes juntos; llevándolos a la visita con el *pediatra*; levantándoles el ánimo cuando están tristes; ayudándoles tras un *suspenso*; felicitándoles tras un *merecido sobresaliente*; haciéndoles saber y creer que pueden conseguir lo que se propongan; y apoyándoles en los partidos que perdieron, no solo en los que ganaron...

Son únicamente esas vivencias las que hacen que nuestros hijos nos otorguen *galones*, y éstos no los puede dar un juez. Por tanto, cuando solicitemos la custodia compartida, tengamos todo esto en cuenta. Que nuestro *egoísmo* motivado por un falso triunfo ante un juez no robe a nuestros hijos esas maravillosas vivencias con el padre o madre que sí puede y quiere dedicar dichas vivencias. Si uno de ellos

siempre le dedicó más horas, si tiene mayor educación emocional, si sacrificó más por esos hijos sin que ningún juez se lo pidiera, si lo hizo únicamente porque lo sintió, seguramente será el que más galones tenga ante sus hijos, y es a éstos a los que un juez debe escuchar, no solo oír. Los niños, si no son manipulados por los adultos, difícilmente se equivocan.

Si de verdad tienen educación emocional, difícilmente nieguen a sus hijos horas con su padre o madre.

¿Podrá pensar alguien que yo nunca supe del sufrimiento de las mujeres que tienen que compartir los hijos?

Si es así, si algunas han pensado esto, ¡qué equivocadas están esas personas!

Es precisamente por ellas por las que un día decidí escribir este libro: para que no se repita una y otra vez este sufrimiento. Somos las que iniciamos este proceso, estas historias.

Ya son muchos años viendo cómo sufren amigas, amigos, conocidos y niños, muchos niños. Ya son muchos años viendo cómo la idea que tuvimos un día, cuando éramos más jovencitas y más ignorantes, les ha costado mucho sufrimiento a hijos y a aquellos hombres que elegimos como padres.

Algunas chicas deciden casarse o formar una familia con un hombre que a lo mejor no es el padre que realmente desean para sus hijos. Y deciden conformarse con ese hombre inadecuado porque simplemente lo aman con el corazón, cuando se sabe que además hay que amar con la cabeza, si hablamos de traer hijos al mundo; o porque, a pesar de que no lo aman, creen que con el tiempo sí lo amarán; o porque ese hombre tiene mucho dinero y esto les proporcionará una vida acomodada, sin complicaciones materiales; o porque, a pesar de ser un bicho raro, también tiene prestigio social y creen que con el tiempo cambiará; o por temor a que se les *pase el arroz*...

En fin, mil y una historias que se desarrollan mientras nadie nos advierte de que cuando soñamos con tener hijos, a esos sueños no les ponemos cara, ni horas de sueño, ni posibles sufrimientos o enfermedades de ellos. Son los sueños que durante años nos inculcaron a las mujeres, sin explicarnos la responsabilidad que asumíamos. Debíamos ser verdaderas madres para nuestros hijos.

¡Ay, amigas mías, cuánto sufrimiento para las que de verdad sois madres! Cómo lloráis al ver que vuestros hijos tienen que marcharse con su padre, pues sois conscientes de que es necesario para ellos, para su crecimiento personal, pero eso no evita que los echéis de menos, sobre todo cuando aún son tan pequeños. Al principio, es muy duro.

Quiero hacer una declaración de agradecimiento a todas las madres separadas que no abusaron de su poder ante la ley. Que, por encima de ello, fueron madres de verdad.

Habéis sido muy valientes y muy coherentes. Habéis sabido distinguir vuestra relación de pareja de vuestro deber con vuestros hijos, y para ello se necesita mucho valor. ¡Enhorabuena!

Pues teniendo claro que también es una gran enseñanza para vuestros hijos el saber —aprender— que no se trata de seguir viviendo una mentira, que no se trata de aguantar, sino de convivir como personas que se respetan y no se odian. Las separaciones, llegados a un punto de desencuentro, son necesarias precisamente para que los hijos aprendan lo que es el respeto, para que aprendan que nos podemos equivocar, pero se puede rectificar y continuar cada vida por separado.

Una madre con la valentía y entereza suficiente para saber que se equivocó de persona y por eso rectificó. O que aceptó que él, su pareja, quisiera dejar de serlo. Pero que hubo una consecuencia magnífica de esa elección: sus hijos. Y son esos hijos los que merecen una madre feliz.

Ser padres es cuestión de calidad humana, emocional, de responsabilidad y no de género. Lo que yo pretendo con este libro es hacer visibles a aquellos padres que sí lo son, y que deben desarrollar su paternidad para beneficio de sus hijos. No se trata de estadísticas, de mayorías o minorías. Se trata de niños y de sus necesidades, no de las necesidades de los adultos.

Una vez me dijo una amiga: «¡Lo que yo daría por sentir que mis hijos se van de verdad felices con él! ¡Lo que yo daría porque no se fueran sintiéndose obligados por mí, sino porque su padre se los ha ganado!».

¡Qué pedazo de madre!

## A modo de introducción

Estaba sentada en una cafetería, tomándome un café, al tiempo que escribía no recuerdo qué. Como me gusta escribir, suelo hacerlo bastante concentrada aunque haya mucha gente a mi alrededor.

La cafetería tenía una terraza que daba a un parque amplio, con columpios, toboganes y, por supuesto, lleno de niños. ¡Eso me encanta! Aunque el parque estaba un poco alejado, se apreciaba el ir y venir de los niños hacia las mesas de la terraza, pues siempre tienen algo que decirles o pedirles a sus padres: agua, *chuches*, helados, papas...

Esa cafetería casi siempre está repleta de madres, aunque no de todos los padres que debieran.

Me llamó la atención un niño que tendría unos cinco o seis años, y que además de estar solo y no jugar con ningún otro niño, le daba patadas con desgana a una pelota. Cierto es que de vez en cuando le daba algún toque más fuerte.

Yo pensé que estaría enfadado y, por eso, de vez en cuando, se lo *explicaba* al balón.

Su madre debía de ser alguna de las señoras que estaban sentadas en la terraza, a tres mesas de la mía. Y entonces vi cómo el niño cogía la pelota y corría hacia mí. Me pregunté: «¿Qué habrá visto en mí que viene tan deprisa y le ha devuelto la sonrisa?».

Al tiempo que corría, le dijo a una de esas señoras: «¡Mami, es papá!», pero a tan solo unos tres metros de mi mesa frenó en seco. Y esperó con los hombros caídos a que su padre se le acercara. Entonces me dio la risa, la ver-



dad, porque deduje que iba a comenzar el chantaje emocional, pensé que seguramente quería que le comprara algo o que lo defendiera ante los demás niños para que vieran que con su padre nadie podía... ¡Bonita manera de llamar su atención! Pensé que le contaría a su padre, con expresión triste, lo que le pasaba.

Mi cara debía de ser el reflejo de la felicidad en el estado más puro, recordando en esos instantes que yo también sentí eso de pequeña: «Mi padre es el más fuerte. ¡Ahora veréis!».

Su padre se agachó a su altura con la intención de darle algo, pero no le dio tiempo porque el niño le dijo con el tono más triste que jamás he oído de boca de un niño a su padre: «¡Me ha dicho mamá que no me quieres!».

Agaché la cabeza, intentando aislarme de lo que acababa de presenciar. Solo sé que, cuando pasaron por mi lado, su padre lo llevaba en brazos y abrazándolo lo atraía hacia sí. Imagino que con lo que ese niño creía resultaba difícil de consolarlo.

¡Dios mío!, lo que hubiera dado yo por abrazar a ese niño y decirle que eso que le había dicho su mamá no era verdad, que seguramente se lo habría dicho enfadada y sin pensar en las consecuencias de sus palabras. Que los adultos a veces hacemos estupideces, sin ser conscientes del daño que hacemos a personitas como ellos, los niños, y que, desde luego, ninguna culpa tenía él. Me habría gustado hacerlo, pero lógicamente no pude.

Recuerdo que, pasados unos instantes, me dieron ganas de acercarme a las mesas y preguntar como una loca quién había sido la indeseable capaz de decirle eso a un niño. Para más inri, a su propio hijo. Le había preparado la maletita para que se marchara con su padre, pero en ella no solo llevaba ropa, también amargura y dolor. Mucho dolor.

**Son miles los niños a los que se les dice esto o cosas parecidas. Y éste es el maltrato más sutil y dañino que se le puede hacer a un niño. Es imposible crecer emocionalmente sano si oímos estas cosas desde pequeños.**

Si descubriésemos que una mujer no da de comer a su hijo, automáticamente dejaríamos de llamarla madre, y además, el resto de las mujeres la denunciaríamos; no lo permitiríamos. Eso mismo hacemos con los hombres a diario. Denunciamos a todo aquel que comete cualquier exceso con el resto de la sociedad. Nadie defiende a maltratadores, violadores o asesinos. Sin embargo, permitimos que los niños sean masacrados emocionalmente con palabras que solo parecen palabras, pero que realmente caen sobre las mentes de los niños como flechas, provocando la mayoría de las veces heridas que nunca terminarán de sanar, que lamentablemente les acompañarán a diario, al colé, al instituto, en sus primeras relaciones y durante el resto de sus vidas, a no ser que hagamos algo todos juntos para cambiar esta situación. ¿De qué les sirve tener el estómago lleno si sienten que las peleas de sus progenitores son provocadas por ellos? No intentes explicarle esto a un niño. Él piensa que si no hubiera nacido, sus padres no se pelearían.

¿Y sabes qué pienso? Que lamentablemente tienen razón, porque sin ellos no habría casas por las que pelearse, ni pensiones, ni horarios, ni amenazas del tipo «¡Vas a pagar de por vida lo me hiciste!».

Este incidente, el que me ocurrió aquel día en la cafetería, fue el detonante de este libro y de todas las demás actividades que vengo desarrollando desde entonces. Creo que aún no he superado aquel incidente. No lo superaré hasta que todos los padres juntos hagamos que la sociedad entera sea consciente de que no importa el género de quien diga una atrocidad como aquella a un niño. Da igual si lo dice la madre o el padre. Que el hecho de traer hijos a este mundo no nos hace santos. Ni sabios... Y quien cometa esa maldad debe ser consciente de que causa un dolor

innecesario. Que le conste —porque así se lo haga saber la sociedad entera— que comete el mayor maltrato a los niños de este mundo civilizado. Por encima de una bofetada, por violenta que ésta sea, estoy convencida de que la bofetada psicológica que supone que alguien le diga a un niño que sus padres no lo quieren es aún peor. Puede suponer una hecatombe mucho más grave que la maldita bofetada física en la vida de cualquier niño.

Desde el principio, me gustaría dejar muy clara una distinción: no es lo mismo tener hijos que ser padres. No es lo mismo. Ni siquiera parecido. Y es esta diferencia la que tenemos que entender todos para siempre, porque una vez comprendida e interiorizada por padres, educadores y hasta por los medios de comunicación y audiovisuales (series, películas, programas de televisión...), habremos evitado que muchos niños crezcan atormentados.

Tengo el convencimiento de que lo más importante para el desarrollo de un niño, por encima de conocimientos académicos, situación económica y demás cosas que podemos necesitar los adultos, por encima de todo eso, lo que más necesita un niño es sentirse querido y crecer sin prejuicios sociales.

Los niños no vienen a este mundo para cumplir nuestros sueños, sino que estamos obligados a ayudarles a que ellos cumplan los suyos.

¿Alguien se ha parado alguna vez a preguntarse qué piensa un niño ante una situación como la que viví ese día en aquella cafetería?

El niño aquel seguro que pensó: «Dice mi madre que mi padre no me quiere. Pero ¿por qué no me quiere? Yo no le he hecho nada malo. Además, yo sí lo quiero mucho a él. ¿O acaso no debería quererlo?».

¿Alguien se puede plantear decirle a un niño que no debe querer a su padre o a su madre?

¿Y qué pensará si quien se lo dice es la persona que eligió al padre que ese niño tendrá de por vida?

¿Y qué pensará de ese hombre, que le han dicho que se llama papá, pero le dice cosas malas de su madre, con lo mucho que él la quiere?

¿Y qué pensará al ver que solo puede ver a su papá o a su mamá en un horario estricto de visitas, como si fuera un delincuente encarcelado que no puede decidir cuándo y a quién puede ver? ¿Pensará el niño que él también es un delincuente por el simple hecho de haber nacido?

Aunque la situación del niño es aún más trágica, puesto que los delincuentes al menos tienen abogados que los defienden. Pero ¿quién defiende a ese niño al que en la intimidad de su hogar le dicen esas cosas?

Hoy, cuando este libro ya está terminado y es parte de mi vida, me gustaría pensar que esa mujer a la que catalogué como indeseable tenga la posibilidad de leer este libro, por iniciativa propia o porque alguien se lo hiciera llegar. Lo espero de todo corazón.

# 1

## El correo electrónico

From: mehadichomama@gmail.com  
To: anna1999@mailito.com

Querida Anna:

Hoy he abierto tu correo. En él me dices que necesitas, de una manera imperiosa, casi vital para ti, ayudar a tu amiga.

Me cuentas que su pareja —no sé si habitual o no, eso no me lo especificas, aunque para el caso es lo mismo— es un imbécil que la ha dejado embarazada.

No sé si esto me lo has contado por la furia que sientes. No obstante, de todo lo que me has contado lo que más impresión me ha causado no es que tu amiga esté embarazada, que no es poca cosa, sino que me digas que alguien la ha dejado embarazada.

Intuyo por otra parte que no ha sido violada, ya que en caso contrario me lo habrías especificado. Por tanto, si no ha sido violada, ¿cómo me dices que la han dejado embarazada?

Por tu forma de expresarte he pensado por un momento que eras mi abuela. Querida sobrina, con tu correo electrónico me he dado cuenta de que las mujeres de mi generación tenemos una causa pendiente con todas las generaciones siguientes, como por ejemplo con la tuya.

¿Sabes?, he pensado en cómo podemos resolver este desaguisado, y creo que lo mejor será que te envíe algunas cosas que ya tenía escritas. Como bien sabes, siempre que algo me inquieta lo escribo, y este asunto debe inquietarme bastante, porque tengo muchísimos apuntes, más de los que hay en la biblioteca de Alejandría.

Bla-bla-bla...

Un besito. Mamen.

Aquel correo electrónico que recibí de mi sobrina no pudo causar en mí mayor tristeza, porque esto que piensa ella no se trata de un caso aislado. La situación en la que se encuentra su amiga no es un caso puntual, y lo que ocurrirá con ese futuro bebé, si es que llega a este mundo, tampoco será un caso único, incluso si no llegara a nacer.

Lo primero que me vino a la mente, nada más leer el correo al que me refiero, fue la forma de pensar de Anna, mi sobrina. ¿Cómo puede una mujer de veintiún años decir que un chico, un novio, una pareja, ha dejado embarazada a su amiga? Esto solo lo entendería en un caso de violación; o si estuviéramos hablando de un caso ocurrido hace cuarenta años; o en esos países donde impera la esclavitud de la mujer y donde siguen siendo explotadas, vendidas y sin capacidad para decidir qué hacer con sus vidas... De no ser así, evidentemente, ningún hombre deja embarazada a una mujer si ella no quiere. ¡Ahora ya no!

Está claro que hemos dado un mensaje pésimo a las generaciones que acaban de llegar a la vida adulta y a las que aún están por llegar.

Es obvio que debemos ayudarlas a entender la realidad de estos tiempos, que para nada son los tiempos que vivieron nuestras abuelas, madres, e incluso algunas de nosotras. Pero mi generación, que es en la que reside el verdadero problema, no debe transmitir a las siguientes los males heredados de las anteriores.

¿Por qué el verdadero problema está precisamente en las mujeres de mi generación? Si me lo permites, esto te lo explicaré más adelante.

Primero quiero contarte lo que ahora concebimos como algo normal. Seguro que esto le ha pasado a tu madre, o a tu abuela, o a tu hermano, o a tu hermana, o a otro familiar, o a algún amigo... No conozco a nadie que no tenga casos cercanos como el que te voy a contar a continuación. Pero